

# EDUARDO NICOL, LA EXPRESIÓN COMO BASE METAFÍSICA DE UNA TEORÍA ORTEGUIANA DE LA CULTURA.

EDUARDO NICOL, EXPRESSION AS A METAPHYSICAL BASIS FOR A THEORY OF CULTURE INSPIRED BY ORTEGA Y GASSET

Juan Manuel Monfort Prades<sup>1</sup>  
Jaime Vilarroig Martín<sup>2</sup>

Recibido 19 jun 2019  
Aceptado 28 nov 219

---

**Resumen:** En este trabajo se explorará la posible continuidad entre Ortega y Gasset y Nicol en cuanto a sus aportaciones a una teoría de la cultura de raíces fenomenológicas y vitalistas. Parece que Ortega desarrolló con creces una teoría de la cultura y es posible que en Nicol también podamos encontrar aportaciones complementarias a la misma, especialmente en lo referido a sus bases metafísicas. Con este propósito serán analizados diferentes aspectos de la antropología y de la metafísica de Nicol, en especial, aquellos que hacen referencia a la vocación creativa del ser humano, a su ser histórico y a su ser expresivo.

**Palabras clave:** expresión; vocación; creatividad; historia; cultura; antropología.

**Abstract:** This paper will explore the possible continuity between Ortega and Nicol in terms of their contributions to a theory of culture with phenomenological and vitalist roots. It seems that Ortega has developed a remarkable theory of culture and it is possible that Nicol can also offer to us complementary contributions to it, especially referring to its metaphysical bases. For this purpose, different aspects of Nicol's anthropology and metaphysics will be analyzed focusing on human creative vocation, his historical being and the expression.

**Keywords:** expression; vocation; creativity; history; culture; anthropology.

1. Profesor asociado de la Universidad Cardenal Herrera CEU de Castellón y de enseñanza secundaria, doctor en Filosofía por la UNED con una tesis sobre el concepto de cultura en Ortega y Gasset bajo la dirección de Javier San Martín [juan.monfort@uchceu.es](mailto:juan.monfort@uchceu.es)

2. Es Doctor en filosofía por la Universidad Cardenal Herrera CEU y actualmente ejerce de profesor de antropología filosófica en la misma universidad. [jaime.vilarroig@uchceu.es](mailto:jaime.vilarroig@uchceu.es)

La supuesta existencia de una Escuela de Barcelona<sup>3</sup> distanciada de la Escuela de Madrid en la primera mitad del siglo XX puede hacer creer a los lectores que entre Ortega y Gasset y Eduardo Nicol existiría, más que una afinidad, un distanciamiento. Sin embargo, las propuestas filosóficas de ambos muestran más sintonía que desacuerdo. En este trabajo se explorará la posible continuidad entre Ortega y Nicol en cuanto a sus aportaciones a una teoría de la cultura de raíces fenomenológicas y vitalistas. Parece que Ortega desarrolló con creces una teoría de la cultura y es posible que en Nicol también podamos encontrar aportaciones complementarias a la misma, especialmente en lo referido a sus bases metafísicas.

La obra literaria de Nicol contiene más de una docena de libros, además de numerosos artículos, y de forma sucinta los problemas principales que aborda son: la preocupación antropológica, el problema del historicismo, la crisis de la metafísica (Ver Abellán, 1998, 65), la reforma de la filosofía y de la ciencia, los problemas de una sociedad global, etc. La reforma de la filosofía que propone Nicol pasa por una renovación de la metafísica, no de su eliminación pero sí de una transformación de la misma. El ser es expresión, tal es el objeto del análisis metafísico. La expresión es fenómeno, no es apariencia, no es teoría, es dato, por lo que el ser también lo es. La fenomenología y la metafísica son compatibles en su propuesta y ello lo declara con la conocida sentencia “el ser está a la vista” (Nicol, 1957, 117). En este sentido su metafísica difiere en gran medida de la clásica como bien ha dejado constancia R. A. González en su trabajo «Metafísica y contradiscurso del método: hacia una nueva concepción del ser a partir de la óptica de Eduardo Nicol» (González, 2014).

## 1. Nicol y Ortega, una relación discutida.

Antolín Sánchez Cuervo es en España quien ha analizado con mayor profundidad las vinculaciones de Eduardo Nicol con el resto de filósofos de lengua española (Ver Sánchez Cuervo, 2017a, 36). Zambrano, Gaos, Ímaz y otros pueden estudiarse de manera convergente o divergente a Nicol, pero es quizá la relación con Ortega la que puede dar más de sí, aunque Nicol, especialmente en *El problema de la filosofía hispánica* y en *Historicismo y existencialismo*, da buena cuenta de lo que le acerca y de lo que le separa de Ortega. Nicol se distancia de Ortega especialmente

3. El concepto “Escuela de Barcelona” fue defendido por Nicol en uno de sus ensayos más célebres y él mismo fue también el que de forma inmediata se pregunta por la existencia real de su contenido. “Ya sé que no hay una escuela de Barcelona (me refiero a una escuela filosófica). Sin embargo, se habla de esta escuela, se ha escrito sobre ella y sobre sus componentes” (Nicol, 1998, 171).

por defender un estilo no ensayístico, por su intención universalista, su carácter científico y su huida del circunstancialismo. Nicol no duda en calificar a Ortega de filósofo asistemático, particularista y ensayista más que filósofo científico. No puede admitir que la filosofía se lleve a cabo desde una perspectiva particular<sup>4</sup>, en este caso desde la circunstancia española, y menos aún que la herramienta de filosofar sean los ensayos en lugar de los grandes tratados. Al final de su crítica de la filosofía orteguiana en *El problema de la filosofía hispánica* no duda en poner en jaque aunque de forma velada una de las más conocidas frases del filósofo, ante la afirmación “la claridad es la cortesía del filósofo” Nicol parece lanzar “los métodos son los buenos modales del pensamiento” (Nicol, 1998, 155). Pese a todo ello parece que no renuncia a la propuesta inicial de Ortega, como dice Alain Guy, Nicol “está muy influido por las ideas de Ortega, aunque las combate” (Guy, 1966, 219). Si es cierto que Ortega se sitúa en las antípodas de Nicol en cuanto a estos asuntos, la revalorización del ensayo en la obra de Ortega no es baladí, sino que es la puesta en marcha de su propio pensamiento, no es un simple método, es su filosofía puesta a funcionar. Ortega no entiende el ensayo como un mero estilo filosófico, con él quiere dejar claro que le interesa más el lector que el problema, como bien ha descrito E. Ferrari (Ferrari, 2013, 249). Pese a las diferencias, existen entre Ortega y Nicol conexiones importantes como el método fenomenológico, el cual se ha demostrado clave en la interpretación actual de Ortega (Ver San Martín, 2012). La continuidad de sus pensamientos se estudiarán en este trabajo desde la óptica de una filosofía de la cultura a la que no cabe duda que ambos autores hacen una contribución nada desdeñable: para Ortega la idea de cultura es clave en la filosofía desde sus inicios como neokantiano y especialmente como fenomenólogo; para Nicol, en cambio, es un concepto casi inexistente en buena parte de su obra, sin embargo estará presente de forma latente en sus primeros libros y de manera explícita en los últimos. Nicol con su metafísica del ser plantea unas bases metafísicas de la cultura, mientras que Ortega analiza de forma directa su contenido. Más allá del alcance de este ensayo, sus proyectos acaban en el mismo puerto, en el análisis de la cultura moderna basada en la utilidad que está arruinando Europa. Ortega aludiendo a la ausencia de moral en Europa, Nicol atacando al imperio de la razón de fuerza mayor de corte totalitario (Ver Nicol, 1980, 244-295 y Nicol, 1972, 76-90). En este sentido se pretende

4. El historicismo perspectivista de José Gaos también es combatido por Nicol en favor de un universalismo logocéntrico. Sobre la crítica de Nicol a Gaos y Ortega y su lugar en la filosofía hispánica realizó un trabajo muy apreciable Antolín Sánchez Cuervo (Ver Sánchez Cuervo, 2007b). En la misma línea existen otras publicaciones de Sánchez Cuervo como “Un olvido en la memoria del exilio: El humanismo de Eduardo Nicol en su Centenario” (Sánchez Cuervo, 2007c) o también “El humanismo de Eduardo Nicol: teoría y práctica” (Sánchez Cuervo, 2010).

marcar cierta distancia con visiones rupturistas de la relación Ortega-Nicol y ofrecer una serie de puentes entre ambos a propósito de la expresión y de la filosofía de la cultura.

Si Ortega es un fenomenólogo *sui generis*, Nicol parece un fenomenólogo de corte heideggeriano, pues Nicol hace su filosofía una vez ya se ha publicado *Ser y tiempo* mientras que Ortega ya ha publicado algunos de sus libros más importantes antes de que Heidegger dé a luz su *opus magnum*. Sin embargo Ortega no se reconoce distante de Heidegger, más bien cercano aunque metodológicamente divergente. Ortega pretende ir de su circunstancia hacia lo universal, pero contando con ella, sin renunciar a ella, más bien absorbiéndola. Heidegger y Nicol buscan un discurso más metafísico y universal al margen de la circunstancia pero con la vocación de acabar aplicando a ella sus conclusiones, por ello Nicol tendrá como uno de los temas principales la vocación del filósofo y tratará de justificar constantemente cuál es su labor en la sociedad, ya que en primera instancia parece estar desconectado de la misma. Su propuesta se define, en definitiva, por una integración entre ciencia y humanismo (González, 2012, 191-208) o, como ha descrito bien Sánchez Cuervo, por un triple compromiso (Sánchez Cuervo, 2007, 304-305): un compromiso con la universalidad, un compromiso con la ciencia y el rigor científico y un compromiso con la comunidad que cristaliza en una concepción abiertamente comunitaria de la ética donde la vida en común es el eje del *ethos*.

Desde su primer libro *Meditaciones del Quijote*<sup>5</sup>, Ortega se propone salvar las cosas, salvar la circunstancia y ver qué puede hacer la filosofía en dicho ejercicio. Desde la inspiración de Platón y Spinoza, quiere ofrecer al lector una experiencia filosófica basada en el amor, una filosofía como ejercicio de amor intelectual cuyo objetivo queda expuesto con claridad: “Se busca en ellos lo siguiente: dado un hecho -un hombre, un libro, un cuadro, un paisaje, un error, un dolor-, llevarlo por el camino más corto a la plenitud de su significado. Colocar las materias de todo orden, que la vida, en su resaca perenne, arroja a nuestros pies como restos inhábiles de un naufragio, en postura tal que dé en ellos el sol innumerables reverberaciones” (OC, I, 747).

Ortega introduce de esta manera su programa filosófico, el cual tiene como centro analizar la acción humana respecto de las cosas o, en otras palabras, una filosofía de la cultura. Entre sus definiciones principales de cultura podemos destacar:

“El acto específicamente cultural es el creador, aquel en que extraemos el logos de algo que todavía era insignificante” (OC, I, 755).

5. Las obras de Ortega y Gasset se citan según la edición de *Obras Completas* cuya referencia es Ortega y Gasset, J. (2004-2010), *Obras completas*, 10 vol., Taurus-Fundación Ortega y Gasset, Madrid.

“La cultura nos proporciona objetos ya purificados, que alguna vez fueron vida espontánea e inmediata, y hoy, gracias a la labor reflexiva, parecen libres del espacio y del tiempo, de la corrupción y del cambio” (OC, I, 755).

“Cultura no es la vida toda, sino sólo el momento de seguridad, firmeza, de claridad” (OC, I, 786).

“Toda labor de cultura es una interpretación -esclarecimiento, explicación o exégesis- de la vida. La vida es el texto eterno, la retama ardiente al borde del camino donde Dios da sus voces. La cultura -arte o ciencia o política- es el comentario” (OC, I, 788).

Teniendo en cuenta que Julián Marías ya dijo que el prólogo “Lector...” de *Meditaciones del Quijote*, y en conjunto toda esa obra, contiene toda su filosofía *in nuce* (Ver Marías, 1983, 33), estas notas de dicha obra pueden ser representativas de la filosofía de la cultura de Ortega. El concepto de expresión y la metafísica que desarrolla Nicol en su obra parecen recoger de manera coherente este programa orteguiano. La expresión estará en la base de ese acto cultural que para Ortega es fundamental y con ello se convierte en un punto de comunión entre ambos que merece la pena destacar.

Tomando la obra de Nicol como un todo, y superando los matices que podemos destacar atendiendo a su evolución histórica, debemos concentrarnos en la idea del hombre que surge de su innovación metafísica, en especial en su vocación creadora, su ser histórico y su ser expresivo. Esta última cualidad nos llevará hacia una comprensión del ser humano como ser simbólico. Desde estos temas trataremos de tender puentes hacia la filosofía de Ortega.

## **2. La vocación creadora del hombre**

Su nueva perspectiva en metafísica trae una nueva idea de ser, lo que conlleva un cambio también en la idea de hombre mismo. Ahora la esencia del ser humano está en su presencia (Ver González Valenzuela, 1998, 56-65), en su expresión. Su ser consiste en manifestarse, en hacerse presente a través de sus actos y palabras. El hombre es el ser de la expresión, no oculta su ser sino que lo hace patente, lo lleva en su mano, esta flor de piel afirma Nicol en alguna ocasión. En *Historia como sistema* Ortega afirmó que para comprender algo humano, personal o colectivo, era preciso contar una historia (OC, VI, 71), aspecto al que Juan Carlos Castelló ha dedicado un trabajo muy apreciable (Ver Castelló, 2009). Es decir, el hombre se entiende en la expresión. El hombre hace su vida, como decía Ortega recordando a Dilthey, en relación con el azar, el destino y el carácter o,

como dice Nicol, entre la contingencia, la necesidad y la libertad. La vida es la respuesta creadora y activa que desde la libertad da el ser humano a las determinaciones impuestas por la necesidad y la contingencia. Dicha libertad implica posibilidades y alternativas, de ahí que pueda decirse que la vida tiene sentido porque es posible, porque no tiene un solo sentido único y fatal sino porque el ser del hombre es ambiguo. El hombre va generando los modos de ser hombre en la historia y esos modos van configurando culturas, herencias histórico-ontológicas, en las que se consolida la naturaleza propia del mismo.

En Nicol encontramos que la vocación humana es vocación poética, que es poesía y que “poesía es acto, acto de amor” (Nicol, 2007, 281), pero entendiendo estos términos al más puro estilo platónico en *El Banquete*. El hombre es un poeta en cuanto que su acción creativa trae nuevas cosas al ámbito del ser (*poiesis*), posee una vocación creadora (Ver Landa, 1999, 149-177). Más que una vocación a la muerte, es una vocación a la vida. Entiende que es necesario introducir novedades en el problema del ser y el tiempo o de lo contrario nos acomodaremos a las consecuencias de la propuesta pesimista heideggeriana (Ver Nicol, 1953, 27). En el hombre hay algo más que biología e historia, la alternativa es la siguiente: en el hombre “siempre su ser importa algo más de lo que es ya, importa lo imprevisto, la potencia de ser otra cosa que no ha sido todavía, la capacidad de implantar la novedad en el mundo, lo cual es la clave metafísica de la historia” (Nicol, 1953, 37).

La historia se define pues por el proceso de creaciones humanas a lo largo del tiempo y estas creaciones responden a una vocación que es una fuerza afirmadora de la vida. Esta vocación humana de la que habla la filosofía ofrece la posibilidad de ser más y vencer la muerte y el tiempo, un ser humano que está constitucionalmente abierto, por lo que carece de definición completa, su existencia es formación (Nicol, 1980,200).

“Somos una acción” (Nicol, 1963, 25) dice Nicol, y toda acción implica movimiento. Cuando nos referimos al movimiento expresivo, este presenta unos caracteres precisos: sentido e intensidad (Nicol, 1963, 149). La expresión es una exteriorización, una alteración, un cambio, ahí estaría la acción expresiva, aunque no puede negarse que también hay cierta expresividad incluso cuando no nos alteramos: “Siempre expresamos algo” (Nicol, 1963, 147).

El acto cultural por el cual las personas expresan es profunda y únicamente humano, el resto de cosas expresan porque proyectamos sobre ellas nuestra humanidad, las hacemos expresar. Lo que llamamos cultura es la proyección de la humanidad en los objetos, pero este ejercicio resulta inevitable para la misma vida del hombre. El hombre actúa siempre, expresa siempre, en este sentido siempre hace cultura, ahora bien, no

siempre lleva a cabo acciones expresivas de la misma forma, en la misma circunstancia, con la misma intensidad o con el mismo sentido. Estos elementos dan contenido a la acción humana y con ello a la cultura, sin olvidar que además del carácter y el destino tiene un papel importante el azar en su configuración.

La acción humana se lleva a cabo desde una determinada situación, posee un sentido o dirección y lleva en sí una determinada intensidad. Una situación vital queda definida por Nicol como el conjunto de posibilidades de la vida humana en un aquí y un ahora. Julián Marías inspirándose en Ortega habla de ello como la estructura vectorial de la vida humana aunque prefiere hablar de instalación en lugar de situación: “Sólo desde una instalación pueden lanzarse las flechas proyectivas de la vida humana” (Marías, 2000a, 91). Sentido o dirección en este contexto implica una referencia a cómo se integran cada acto en el conjunto de la vida, qué conexión tienen con el resto, por ello Nicol afirma que «sentido» no es otra cosa que «integración en la vida» (Nicol, 1963, 19).

La situación fundamental del ser humano a la que Nicol dedica un estudio especial es el problema de su vocación: tener que hacer su vida a través de la historia. Dice Nicol: “La vida, en el fundamental sentido biológico, y la historia, en el sentido de la acción espiritual del hombre en el mundo, quedan de este modo reunidas constitutivamente por condiciones inexorables de posibilidad, como lo están naturaleza y temporalidad en la existencia humana individual” (Nicol, 1953, 29).

### **3. El ser humano como ser histórico**

Afirma Nicol: “En el fondo, la historia es el relato de los sucesivos intentos que hace el hombre de encontrar apoyos firmes -no históricos- a su vida. Pero cada nuevo intento revelaba la creencia de que el carácter histórico de las acciones humanas no abarca la realidad total del hombre, sino que deja a salvo un elemento subsistente” (Nicol, 1953, 30). El ser humano se mueve entre la vida biológica y la historia, o como planteó Ortega en *El tema de nuestro tiempo*, el hombre se encuentra con la necesidad de resolver su existencia entre la vida y la cultura. La historia en el sentido que Nicol la entiende en estas definiciones es lo que Ortega denominó cultura (movimiento natatorio en un mar de incertidumbres), ahora bien, se aprecia aquí quizá la principal diferencia entre los dos filósofos, Ortega desde una perspectiva fenomenológica e influenciado por Simmel buscó hacer una filosofía cercana al sentir popular, Nicol, con una fenomenología muy cercana al modelo heideggeriano apuesta por conceptos más precisos y propios de la filosofía más académica del momento. El ser y la historia, este es el problema para Nicol, existencialismo e historicismo, vida y cul-



tura. Ortega decía que la vida tenía que ser culta pero la cultura tenía que ser vital (OC, III, 578 y ss.), lo que traslucía de alguna manera esta inquietud fundamental.

Lo específico en el hombre no es su potencialidad de vida biológica, sino la potencialidad de vida espiritual que se establece sobre el acto de su vida biológica. El hombre es un ser natural en acto pero tiene una vida espiritual en potencia. Esta vida espiritual es la propiamente humana, pues la plenitud de la vida biológica no coincide con la plenitud de la vida espiritual, más bien es su inicio. El ser humano crea cultura, hace historia al hacer su vida y al responder a su vocación cuando crea un proyecto vital personal.

Entre la historia y el ser humano, entre la naturaleza y la cultura se halla como nexo fundamental la temporalidad y el instrumento fundamental para apresarla es el conocimiento. La ciencia, el conocimiento es la herramienta que permite al hombre tender un puente entre el devenir y el ser, entre la vida y la cultura, entre la existencia y la historia. Para Nicol, un correcto desarrollo de la ciencia, una reforma de ésta será clave en su propuesta filosófica. ¿Cómo es ese hombre que hace ciencia? ¿Cómo es esa ciencia que hace el hombre? Una respuesta lleva a la otra. La razón, la expresión, la palabra, el símbolo son los elementos fundamentales de la ciencia humana y son elementos en los que repara y se detiene este filósofo.

En este contexto afirma el filósofo barcelonés: “La razón separa al hombre, lo distingue de toda otra realidad, pero tiende a la vez a reintegrarlo de algún modo en ella. El símbolo, interpuesto irremediamente entre la realidad y el hombre, es sin embargo el único medio de que éste dispone para relacionarse con las cosas y con los demás. La palabra es una distancia y una aproximación [...] Y a la vez expresa la imposibilidad de un entendimiento final: el único medio de comunicación es la propia barrera que se interpone y nos impide apresar totalmente la realidad y comunicarnos exhaustivamente con los demás hombres. Por esto el símbolo es histórico, y es histórica esencialmente toda ciencia, y el conocimiento es tan inconcluso siempre como es limitado nuestro entendimiento. Como ser de la expresión, el hombre aspira a la comunión, y siempre ha de ver su aspiración frustrada. Toda ciencia, pues, es un sistema de símbolos elaborados por el hombre -según ciertos principios- para apresar en ellos a la realidad, y a la vez apresarse a sí mismo en la firmeza de sus relaciones vitales con todo lo que no es él” (Nicol, 1960, 23). Precisamente esto que Nicol denomina ciencia, es lo que Ortega llamó cultura. Si tradicionalmente los campos de la cultura, tal como presenta Ortega, eran por excelencia, la ciencia, la moral y el arte, parece que Nicol pone de relieve el primero de ellos y en él



concentra sus esfuerzos. Una tendencia en la que Ortega también abundó de manera excepcional en su *Sistema de la psicología*.

Decía Ortega en *Historia como sistema* que el hombre no tiene naturaleza sino historia (OC, VI, 73), que el hombre es heredero de una cultura o de unos usos. Nicol lo formula de la siguiente forma: “El hombre forma y reforma y transforma su individualidad históricamente. No es como un mecanismo organizado temporalmente que va fabricando productos históricamente distintos sin alterarse él mismo, sino un ser temporal que cambia en su ser mismo con el cambio de sus creaciones. [...] Los productos históricos son la expresión directa de ese cambio que el hombre experimenta en su ser, en tanto que ser temporal y por ello mismo expresivo. El ser del hombre tiene historia. [...] Las formas históricas del ser del hombre, las grandes etapas de sus cambios reales, son modos diferentes de integración en la comunidad. Esta integración, que como tal es un hecho permanente -el hombre no está solo nunca-, varía en cualidades, en direcciones, dijéramos también en intensidades. Estas variaciones determinan diferentes estilos de vida: estilos políticos y religiosos, económicos y artísticos...” (Nicol, 1960, 27). La cultura es una conexión unitaria de sentido, es sentido compartido, pero siempre histórica.

El objetivo de Nicol en su obra *La idea del hombre* era establecer el fundamento ontológico de lo histórico, es decir penetrar en la relación entre el hombre y la cultura, en lo individual y lo colectivo, entre el ser y el devenir y ello desde las propuestas de Dilthey y Heidegger, pues en opinión de Nicol ambos habían cargado las tintas en uno de los dos extremos descuidando su conexión.

“El hombre expresa su ser y lo transforma al expresarlo” (Nicol, 2013, 11), el hombre se crea y se recrea a sí mismo expresándose, creando obras, generando cultura crea un mundo nuevo y a la vez se crea a sí mismo. El hombre tiene un ser especial, es lo que hace, sin embargo no hace siempre lo mismo y de la misma manera, lo cual lleva a Nicol a pensar no en la ausencia de ser en el hombre, sino en que las personas disponen de una forma de ser peculiar que llamamos ser histórico. El ser del hombre nos lleva a la historia del hombre, este es el dato principal para resolver el problema del ser humano. Al meditar sobre nosotros mismos nos encontramos con este singular ser del hombre, un ser que no resulta fácil de definir por su condición histórica. Sin embargo, aunque parezca que la razón no puede apresar la historia por su condición cambiante, ninguna realidad es ajena a la razón, Nicol no puede renunciar a abordar de manera racional o científica al ser humano, al igual que Ortega apuesta por una razón capaz de abordar lo histórico, una razón histórica. La pregunta por el ser, la formación y la evolución de las ideas del hombre, están coaligadas sistemáticamente y se plantean en ese horizonte de la temporalidad que es la

historia. Es preciso una forma de abordar la historia sin deshumanizarla de la misma manera que es preciso encontrar una forma de abordar al ser humano sin dejar de lado su vertiente histórica.

Al abordar al ser humano, Nicol presenta la individualidad humana con un rasgo diferencial de cualquier otro ente. Existencia es individualidad e individualidad es relatividad, pues todo ente es relativo en cuanto remite a otros lógicamente y en cuanto que depende de otros funcionalmente. El ser humano es en definitiva interdependiente: “Esta constante de relatividad, conjugada con las variables modales, indica que cada hombre es lo que es según el modo como se relaciona con lo que él no es. Lo cual confirma que el no-yo no le es ajeno, e indica que la ontología del ser expresivo es dialéctica desde su comienzo” (Nicol, 2013, 20). Sin embargo el hombre es el más relativo de todos, su individualidad es cambiante y no es uniforme en todos los sujetos, si la individualidad es limitación, no resulta fácil encontrar los límites del hombre para así captar su realidad. En el hombre la relatividad se expresa, la expresividad es la clave de la relatividad. El conocimiento del ser humano no puede desdeñar las variantes individuales, pero el ser que siempre es distinto no admite definiciones formales, lo cual no significa que sea inapresable. Ante las cosas inmediatamente nos preguntamos qué son, ante el ser humano esta pregunta queda relegada a un segundo plano, pues la pregunta importante es quién es. El qué se da por supuesto, su sola presencia lo pone de manifiesto, su presencia es expresión o comunicación, el acto mismo de darse, por lo que puede decirse que la sola presencia humana es más reveladora que la de la cosa. Para conocer el quién debo aproximarme a la biografía personal de cada uno como expusieron con acierto Ortega y Marías. Lo permanente hay que buscarlo en la forma de ese cambio y, puesto que el cambio humano es relación, está jalonado por dos elementos: los invariables términos de toda relación vital posible (lo divino, lo humano y la naturaleza) y los factores de la acción que determinan los cambios (la necesidad, la libertad y el azar).

Cuando Nicol afirma que el ser humano es relación significa que para el hombre existir es “apropiarse de lo ajeno” (Nicol, 2013, 20), estar volcado sobre la naturaleza, lo divino o los demás. Estamos siempre incompletos, el no-yo es participante de mi existencia, pero entre lo que me rodea destacan de forma especial las otras personas: “del conjunto de los entes que se encuentran junto a mí, se desprende uno que es el próximo por excelencia, y al que por esto denomino el prójimo. Ante él, y sólo ante él, adopto automáticamente el dispositivo especial de relación que es la co-participación en el ser, o sea el diálogo” (Nicol, 2013, 21). Ante el resto de seres humanos sentimos una especial familiaridad ontológica, lo cual es mucho más que una agrupación de individuos, no es algo adventicio, más

bien alude a una base ontológica que determina la pluralidad de modos existenciales y la formación y evolución histórica de comunidades. “El ente humano expone su comunidad ontológica con todos los demás, mediante el acto de expresión que justamente acentúa su diferencia individual” (Nicol, 2013, 23). La expresividad es la base de la comunidad y de la individualidad humana, en definitiva, la base ontológica de lo que llamamos cultura tanto a nivel subjetivo como objetivo.

Nicol abunda en el tema de la comunidad hasta el punto de hacerlo pieza clave de su exposición de la expresión: “El individuo no se comprende aisladamente, sino en la trama de sus relaciones. Además de una modalidad caracteriológica individual, esas relaciones muestran los rasgos salientes de una comunidad, y esbozan el perfil caracteriológico de una época” (Nicol, 2013, 26). Además cada época no es más que una variedad singular junto a otras que componen la comunidad de los tiempos, la totalidad de la cultura humana.

La cultura es para Nicol novedad, la historia es novedad y afirma que “produciendo novedades, el hombre se renueva a sí mismo” (Nicol, 2013, 32). Las novedades que el hombre aporta son «las que puede» en función de sus limitaciones y en función de sus posibilidades. En ese sentido la cultura es novedad o creación, pero también es limitación, pues establece las posibilidades en las que se mueve la acción humana si bien no conviene olvidar las limitaciones biológicas. Entiende Nicol que “las variaciones vitales no tienen causas naturales” (Nicol, 2013, 33). La evolución histórica es considerada orgánica porque tiene su origen en el organismo humano, pero no por ello es biológica, más bien es extra-biológica o sobre-natural. El acto productor de cultura es mucho más que biológico, “la vida histórica es *poiesis*: la acción es creadora” (Nicol, 2013, 31) y depende básicamente de tres factores: el carácter (decisión personal), el destino (forzosidad) y el azar. La *fisis* no impone la *poiesis*, pero sin la primera no puede darse la segunda. Por lo que la producción es literalmente una meta-física.

La historicidad se convierte así en un elemento definitorio del ser humano: “el ser humano es auto-productivo: se nutre de su propia acción. Cambia produciendo, y a la vez su producto mismo lo hace cambiar. Cualquiera que hayan sido los estímulos y las condiciones internas y externas de la producción, ésta se convierte en un nuevo estimulante para las acciones futuras, tanto las propias como las ajenas: la producción siempre es inter-comunicante” (Nicol, 2013, 43). La cultura sirve como herramien-

ta de futuras conquistas. La historia humana es en este sentido una hazaña humana en dos sentidos: como acción y como recuperación.

#### **4. El hombre como ser de la expresión.**

La expresión como elemento definatorio del ser nos descubrirá a su vez la vocación fundamental del ser humano, la esencia de su voluntad creativa, la base metafísica principal de lo que llamamos cultura. Cuando Ortega afirma que la cultura es el comentario de la vida (OC, I, 788), Nicol convierte esta afirmación en piedra angular de su pensamiento al tomarla en sentido literal.

Como en Ortega, la preocupación por hacer una renovación de la metafísica es fundamental, sin embargo la metafísica orteguiana de la vida humana dejará paso en Nicol a una metafísica de la expresión, lo que dará a la propuesta de Nicol un tono personal y diferenciador respecto a Ortega aunque en la órbita de su filosofía. Para el filósofo catalán comprender la vida humana pasa por entender que “la expresión es el dato primario y la clave para la comprensión de la forma de ser propia del hombre” (Nicol, 1957, 203). En este dato va a encontrar la forma de superar la distancia entre la unidad y diversidad humana, la clave para explicar la forma común del ser humano y a la vez su individualidad: “la expresión es el rasgo, tanto ontológico como óptico, primordial y distintivo del ser del hombre; es decir, que la expresión es la nota común a todo ser humano y, al mismo tiempo, la que diferencia a los hombres entre sí, pues es ella la que nos individualiza” (Horneffer, 2007, 32).

El ser humano está llamado a vivir, tiene una vocación para la vida, tiene un gran afán de ser. Nicol asume la idea de Heidegger de que el ser humano es el pastor del ser, somos cuidadores de nuestro ser y por ello anhelantes de futuro. Dice Nicol: “Nuestro ser lo vamos haciendo, pero no lo podemos permutar, tenemos que ir haciéndolo con lo que nos fue dado, respondiendo fielmente con nuestra voz a las voces de llamada que nuestros oídos seleccionan de entre el concierto que es la vida humana entera. Seguir hablando, a pesar de todo, es entonces algo tan audaz, más radical y menos prestigioso que adoptar una misión: es una necesidad forzosa y consciente. Expresar para ser, o renunciar al ser” (Nicol, 1953, 14). El ser humano para vivir, o mejor dicho para ser, se expresa.

Con palabras muy acertadas explica Nicol que de alguna forma el ser humano es un ser exprimido e impresor. Tiene por un lado una vertiente pasiva, la naturaleza u otras personas presionan sobre cada uno y, por otro, tiene una vertiente activa, pues también imprimimos nuestro ser sobre otros. Dice Nicol: “La expresividad es la condición de un ser que «da de sí»; o sea, etimológicamente, un ser ex-primido. Expresar viene de

*exprimere*, que significa hacer que algo salga del interior de una cosa ejerciendo presión sobre ella” (Nicol, 1982, 45-46). El ser humano, que es el ser de la expresión, es capaz de convertir los objetos en expresiones, hace expresarse todo lo no humano. En el hombre todo deja una huella, pero a la vez también imprime una huella en lo que no es él. Dice Nicol: “el hombre también es impresor. Su posición ante el ser no es meramente receptiva. Expresividad no es pasividad; es una actividad en la cual el hombre se expresa a sí mismo, incluso cuando meramente refleja lo recibido. Los actos propios, a su vez, ejercen presión en los demás, dejan su huella impresa y provocan las correlativas expresiones. La expresión no se comprende sino como un fenómeno de correlación: una esencial correspondencia de las actividades. Coexistencia es reciprocidad: conjugación de impresiones y expresiones” (Nicol, 1982, 46).

La fantasía y la palabra son para Nicol aquello que nos permite rebasar los límites de la propia constitución espacial y temporal, del ser aquí y ahora, una liberación para nuestro espíritu, como dice Arturo Aguirre, “en la expresión el hombre revitaliza los límites de las cosas y los límites de su ser mismo” (Aguirre, 2009, 204).

La expresividad del poeta, persona creativa por excelencia, que desborda desde su interior en favor de la comunicación, se convierte para Nicol en el ejemplo principal de persona que responde a la vocación de la vida, del cuidado del ser. La acción creadora del poeta será así la acción expresiva que le servirá de referente. Como también vio Ortega, el lirismo se convierte en una actitud vital de primera necesidad, mientras que el prosaísmo (Ver Nicol, 2007, 225-227 y Marías, 2000b, 56-60) apaga la vida. La expresión afecta a la totalidad de la vida, a todo el hombre, en este texto Eduardo Nicol lo expresa de forma clara:

“Toda expresión es única, porque todo hombre es único también, y porque son únicas en su vida todas las situaciones en que se encuentra y las experiencias que hace. Además, toda actividad es expresiva, y siempre estamos en actividad. Mejor dicho: somos una acción. Por esto todo en nosotros es expresivo. Pero la expresión tiene materia, forma y sentido. Expresamos -por lo mismo que actuamos- porque tenemos un cuerpo, y mediante él. Pero el cuerpo, por sí solo, no sería expresivo si no fuese cuerpo humano, es decir informado por la expresión que se manifiesta en su comportamiento. El sentido de la expresión depende de la experiencia del hombre que expresa, de la intuición que él tiene en esta experiencia suya del sentido de lo vivido por él. Intuir este sentido expresivo es también una experiencia para el que intuye” (Nicol, 1963, 25).

¿Qué es expresarse? ¿En qué consiste este ser tan especial que encontramos en el ser humano? En *La idea del hombre* propuso esta definición: “Expresar-se es dar-se forma a sí mismo, como individuo y como

comunidad: en tanto que persona y en tanto que condición humana” (Nicol, 2013, 109). Esta propuesta nos deja ver la relación entre la expresión y la cultura. Por un lado la cultura y la expresión nos permiten formarnos, desarrollar nuestro ser, cultivarnos. Por otra parte, la cultura no sólo es un ejercicio individual, sino comunitario, pues el cultivo de los individuos acaba dando forma a las sociedades, genera herencias comunitarias, estilos de vida, instituciones compartidas. Ricardo Horneffer, uno de los mayores expertos en Nicol en la actualidad, afirma sobre este asunto: “toda expresión es reveladora en dos sentidos: muestra tanto la forma común de ser como el modo individual de existencia. Lo común, que es la forma de ser humana, no tiene otra forma de manifestarse, de hacerse presente, que en el modo óntico de existencia, en una expresión concreta. Con otras palabras, lo común y lo individual no se muestran por separado, sino conjuntamente. La comunidad se patentiza en toda expresión, que ha de ser necesariamente personal, y toda expresión pone de manifiesto al ser humano. El individuo no sólo expresa la comunidad ontológica que consiste en ser” (Horneffer, 2007, 35).

La idea que preside *Metafísica de la expresión* es la insatisfacción radical del ser humano, lo que se convierte también en la fuente de la acción que llamamos cultura: la existencia trae consigo la insuficiencia, el deseo de ser y de expresar. El amor es la expresión de esta insuficiencia, pero remitiéndonos a Platón, el hombre primitivo está como desdoblado y convencido de que su ser no es más que medio ser con un enorme anhelo de reunirse con la otra mitad y completar así su ser con el ser del otro. Dice Nicol: “El otro es un ser al que llamamos prójimo, o semejante, porque su ser no es tan ajeno que no pueda apropiarse: tiene constitutivamente la disposición de ser parte del ser propio. Y esta disposición radical es la que determina la expresión. La palabra es el nexo de vinculación y de restablecimiento de la unidad primitiva, como la llamaba el mito, o sea el modo de lograr la plenitud ontológica” (Nicol, 1957, 25).

El dialogo se convierte para Nicol en la forma de recuperar nuestro ser: “la expresión es un modo de darse, el cual invita la respuesta y solicita la entrega ajena. Pero la entrega ajena es otra expresión: el mantenimiento del diálogo implica la libertad ajena de expresar, que afirma todavía más en su ser propio al interlocutor y subraya su propiedad invulnerable” (Nicol, 1957, 25). Ahora bien, el diálogo no sólo me descubre a los demás como complementarios, sino que es además revelador del ser, el logos lo hace patente. La objetividad completa de nosotros mismos y de cualquier cosa se adquiere gracias a la palabra entre dos sujetos; gracias al diálogo las personas nos entendemos como seres reales y entendemos el mundo como real. La expresión es así la herramienta humana más básica para acceder a la realidad y en especial a los demás; por ello Luis de Llera in-

terpretando a Nicol afirma: “la expresión es el fundamento para reconocer, diferenciar e interpretar a los individuos” (Llera, 2010, 109).

Desde sus primeras obras hasta la *Crítica de la razón simbólica*, la expresión queda vinculada con la idea de símbolo y de sentido, lo que exigiría adentrarnos, aunque muy ligeramente, también en estos conceptos para comprender la propuesta de Nicol sobre la expresión. José Luis Abellán afirmó comentando sus trabajos: “Para Nicol, expresión y símbolo van estrechamente unidos, hasta el punto que toda expresión es simbólica y todo símbolo es una creación” (Abellán, 1998, 76). El ser humano es el ser de la expresión, pero también añade que “el hombre y todo lo humano pertenecen a la esfera del ser con sentido” (Nicol, 1957, 201), en su presencia se revela su ser como el ser del sentido.

El ser humano, el ser de la expresión sigue el principio del sentido (Nicol, 1957, 346) frente al sentido de la indiferencia que es propio de todo lo que no es ser humano. Bajo el principio de sentido la persona humaniza, personaliza, convierte los objetos en expresivos pensando en aquellas otras personas a las que va dirigida la acción y no en el objeto como tal, por lo que los seres humanos forman comunidades de sentido. Afirma Nicol: “El hombre es el ser del sentido, porque se da en la forma de ser de la expresión, y esta forma de darse es ontológicamente diferencial porque requiere inmediatamente una hermenéutica o interpretación del contenido significativo manifiesto de la expresión concreta, de acuerdo con los cánones del sistema simbólico particular a que ésta pertenezca” (Nicol, 1957, 202). Y un poco más adelante añade: “la ciencia fenomenológica del hombre ha de ser hermenéutica [...] porque la forma de ser del sentido no es la univocidad, y por esto requiere una interpretación. De los entes no humanos decimos que constituyen la realidad sin sentido, porque su conocimiento no requiere una interpretación y por esto la ciencia correspondiente no ha de ser hermenéutica. Lo que no tiene más de un sentido no tiene sentido [...] El hombre plantea siempre ante su semejante una interrogación” (Nicol, 1957, 202). Así en primer lugar, sentido y expresión son inseparables, pues la expresión requiere de hermenéutica para ser interpretada, pero precisamente ello nos lleva a introducir la cultura como clave interpretativa como un tercer término también vinculado a los anteriores. Desde la cultura que el mismo ser humano genera se interpreta su ser. De esta forma expresión, sentido y cultura forman una tríada fundamental para comprender al ser humano. En segundo lugar la expresión revela el ser más profundo del hombre, su carácter enigmático. La realidad humana es enigmática, como vio bien también Marías, es un arcano (Marías, 1997, 69), y ello se debe a que el ser humano es el ser de la expresión, un ser ambiguo, una realidad abierta.



## 5. Conclusión

Tanto Ortega como Nicol coinciden en considerar al hombre como un ser inacabado, razón por la cual la vida es un constante hacerse. Este hacerse de la vida humana se manifiesta en la historia y la cultura, ambas creaciones específicamente humanas que manifiestan la necesidad continua de cambio en que consiste el ser humano a consecuencia de su ser inacabado.

Para Ortega de un modo explícito, para Nicol de un modo implícito, la cultura es una creación de sentido, una especie de sobrenaturalidad añadida al ser humano, gracias a la cual es capaz de salvarse en su enfrentamiento con las cosas. Pero esta cultura, que puede entenderse ella misma como una interpretación sobre el texto de la vida (Ortega), necesita ella misma ser interpretada para ser comprendida. Ahora bien, si hablamos de interpretación, entonces cobran importancia las nociones de símbolo y de expresión, puesto que toda interpretación se lleva a cabo en torno a un símbolo cuya condición es la de expresar algo.

Nicol concentra su reflexión primero en la expresión y más tarde en la de símbolo, pasando a ser estos los conceptos centrales de toda su metafísica. En el mundo circundante el hombre ha imprimido su huella; el hombre se ha hecho un mundo habitable que es la cultura. Y las culturas no sólo son expresión de la diversidad del espíritu humano, sino que mejor habría que decir que son la expresión de la humanidad misma. Una vez se cae en la cuenta de que no hay acceso al ser al margen de la expresión, que el ser mismo es expresión, entonces se hace necesaria una nueva metafísica de la expresión y una nueva crítica de la razón que no será pura ni práctica, sino simbólica.

La sintonía de Nicol con Ortega resulta relevante para comprender más eficazmente la filosofía del catalán. Quizá la filosofía española, y en concreto la filosofía orteguiana, ofrece a la filosofía de Nicol un marco interpretativo que, si él no hubiera renunciado al mismo de forma tan explícita, quizá le hubiera dotado de un mayor protagonismo en el panorama filosófico español, ámbito en el que lamentablemente ocupa un espacio sombrío. Sigamos trabajando para que la claridad y la profundidad de su filosofía, que tanta riqueza ha aportado a las tierras americanas, tenga también en el viejo continente una mayor presencia.

## Bibliografía

- Abellán, J.L. (1998), *El exilio filosófico en América. Los transterra-*

*dos de 1939*, FCE, Madrid.

- Aguirre, A. (2009), «La piedra, el árbol y el hombre» en Horneffer, R. (Coord.), *Eduardo Nicol (1907-2007). Homenaje*, Facultad de filosofía de UNAM.
- Aguirre, A. (2011), *Entre la diafanidad y la comunidad. Ser de la expresión*, Afinita Editorial, México.
- Castelló Meliá, J.C. (2009), *La hermenéutica narrativa de Ortega y Gasset*, Comares, Madrid.
- Ferrari Nieto, E. (2013), «El historicismo de Eduardo Nicol en la revalorización de la analogía como conocimiento», en *Fragmentos de filosofía*, 11, pp. 239-252.
- González, R.A. (2012), «Integración epistémica y humanismo: un acercamiento a la fenomenología dialéctica de Eduardo Nicol» en *Themata. Revista de filosofía*, 45, pp. 191-208.
- González, R.A. (2014), «Metafísica y contradiscurso del método: hacia una nueva concepción del ser a partir de la óptica de Eduardo Nicol», *Revista de Filosofía*, Vol. 39, Núm. 1, Universidad Complutense de Madrid, pp. 29-45.
- González, Valenzuela, J. (1998), «El ser que habla del ser (Metafísica y Ética en Eduardo Nicol)», en *Eduardo Nicol. La filosofía como razón simbólica*, Revista *Anthropos*, Extra 3, Barcelona, pp. 56-65.
- Guy, A. (1966), *Los filósofos españoles de ayer y hoy*, Losada, Buenos Aires.
- Horneffer, R. (2007), «La idea del hombre», en *Relaciones*, n.º 112, Vol. XXVIII, México, pp. 25-42.
- Landa, J. (1999), «Eduardo Nicol: entresijos de una poética fenomenológica», *Theoria. Revista del Colegio de Filosofía*, Núm. 08-09, UNAM, pp. 149-157.
- Llera Esteban, L. (2010), «El hombre ser de la expresividad en Eduardo Nicol. Merodeos por la filosofía del lenguaje». *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*, 18, pp. 105-115.
- Marías, J. (1983), *Ortega. Las trayectorias*, Alianza Editorial, Madrid.
- Marías, J. (1997), *Persona*, Alianza Editorial, Madrid.
- Marías, J. (2000a), *Antropología Metafísica*, Alianza Editorial, Madrid.
- Marías, J. (2000b), *Tratado sobre la convivencia: Concordia sin acuerdo*, Martínez Roca, Madrid.
- Nicol, E. (1953), *La vocación humana*, Colegio de México, México.
- Nicol, E. (1957), *Metafísica de la expresión*, FCE, México.
- Nicol, E. (1960), *Historicismo y existencialismo*, Tecnos, Madrid.

- Nicol, E. (1963), *Psicología de las situaciones vitales*, FCE, México.
- Nicol, E. (1972), *El porvenir de la filosofía*, FCE, México.
- Nicol, E. (1980), *La reforma de la filosofía*, FCE, México.
- Nicol, E. (1982), *Crítica de la razón simbólica*, FCE, México.
- Nicol, E. (1998), *El problema de la filosofía hispánica*, FCE, México.
- Nicol, E. (2007), *Las ideas y los días. Artículos e inéditos 1939-1989*, Afínita, México.
- Nicol, E. (2013), *La idea del hombre*, FCE, México.
- Ortega y Gasset, J. (2004-2010), *Obras completas*, 10 tomos, Taurús-Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- San Martín, J. (2012), *La fenomenología de Ortega y Gasset*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Sánchez Cuervo, A. (2007a), «El exilio con Eduardo Nicol», *Isegoría. Revista de filosofía moral y política*, 36, pp. 303-307.
- Sánchez Cuervo, A. (2007b), «Eduardo Nicol ante el proyecto de un pensamiento en lengua española», en *Relaciones*, n.º 112, Vol. XXVIII, pp. 112-134.
- Sánchez Cuervo, A. (2007c) «Un olvido en la memoria del exilio: El humanismo de Eduardo Nicol en su Centenario», *Contrastes. Revista internacional de filosofía*, Vol XII, Malaga, pp. 231-238.
- Sánchez Cuervo, A. (2010), «El humanismo de Eduardo Nicol: teoría y práctica» en Mora García, J.L., Mandado Gutiérrez, R.E., Gordo Piñar, G., Nogueroles Jové, M., Fundación Ignacio Larramendi (eds.), *La filosofía y las lenguas de la península ibérica*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi, Asociación de Hispanismo Filosófico, Real Sociedad Menéndez Pelayo, Societat Catalana de Filosofia, pp. 229 - 246.